

751

s. n. , s. f. , 1937



# SECCIONES

revista  
literaria

editada por  
francisco  
montero  
galvache  
josé maría  
hernández  
rubio  
pedro  
montero  
galvache

INDICE: Nuestra página de honor: Las sombras: Jorge GUILLÉN.-En nuestro primer aniversario: Afirma-  
ción de nuestro lema: Francisco MONTERO GALVACHE, José M.º HERNÁNDEZ-RUBIO, Pedro MONTERO GALVA-  
CHE.-Cuando vengáis por mí: Sebastián SOUVIRÓN.-Mediodía en el sol: Juan M. ONETO.-Gaviota de solo un ala:  
Luis DÍAZ DEL CORRAL.-Los dos solos: Juan José FERNÁNDEZ.-Romance del amor triunfal: N. SANZ Y RUIZ DE  
LA PEÑA.-Cantos de amor: Juan RUIZ PEÑA.-España es un bosque...: P. PÉREZ-CLOTET.-"Castilla y la Guerra":  
(Fragmentos): Francisco Javier MARTÍN ABRIL.-Canto de bienvenida a la Bandera Española: José M.º PEMÁN.-  
Redescubrimiento y peligro de Sören Kierkegaard: Juan MIRANDA.-escuelas "josé antonio"...: José M.º HER-  
NÁNDEZ-RUBIO.-La misa en los olivos: Francisco MONTERO GALVACHE.-Un gran poeta: Adriano del Valle y su  
"Primavera Portátil": Manuel SIUROT.-"El sentido de lo justo en Lope de Vega": Angel RODRÍGUEZ PASCUAL.-  
Días de Jerez: Día de vendimia: Luis PÉREZ SOLERO.-El Otoño del poeta: (continuación): Pedro MONTERO

j e r e z  
1 9 3 7  
II año triunfal

NUEVA INDUSTRIA JEREZANA

Fábrica de Cápsulas y Tubos Metálicos "SAN PEDRO"

CHACON y Compañía

Primera Fábrica Andaluza de Productos de Plomo y  
Estaño, montada con los adelantos más modernos de  
la técnica. - - - - -

Fábrica y Oficinas: Méndez Núñez, 8.-T. 1928

FOTO ARTÍSTICA

PANIAGUA

José Antonio Primo de Rivera, 47. JEREZ

MANUEL FERNANDEZ Y C.<sup>A</sup>, S. L.

ESPECIALIDADES: AMONTILLADO VICTORIA :-: COÑAC PLUS ULTRA

JEREZ QUINA DEL RAMO

JEREZ DE LA FRONTERA

DISPONIBLE

J. FIALLO

Trabajos fotográficos de to-  
das clases.-La más visitada.  
Taller para Aficionados.

Santa María, 15. JEREZ

E. RIVELOTT

Tapones CORONA

Precintaje en general

General Sánchez Mira, 25. JEREZ

DISPONIBLE

# Nuestra página de honor

---

## *Las sombras*

Sol. Activa persiana.  
Laten sombras. ¿Quién entra?  
Huyen: soy yo: pisadas.

(¡Oh, con palpitación  
De parpados, persianas  
De soledad o amor!)

Quiero lo trasparente,  
También las sombras quiero  
Transparentes o alegres.

Las sombras tan esquivas  
Soñaban con la palma  
De la mano en caricia.

¿Tal vez mi mano? Pero  
Nó, no puede. Las sombras  
Son intangibles: sueños.

JORGE GUILLÉN

Ayuntamiento de Madrid

EN NUESTRO PRIMER ANIVERSARIO

## *Afirmación de nuestro lema*

Primer aniversario: han pasado, por la vida de «Cauces», doce meses de incesante tarea en loor de Dios y de las almas. Cuando nuestra revista llegó al público, ya tenía trazada su norma y su conducta. Y al cabo del primer año de vida, nos llena de satisfacción la creencia de haber cumplido, casi exactamente, cuanto afirmábamos en aquel «Lema» de nuestra primera salida, que fué criterio y estilo, emoción y vida de todos los anhelos posteriores de la revista.

Surgíamos en plena época de abandono de nuestra vieja misión histórico-religiosa: Junio de 1936 fué para nosotros y para muchos de nuestros mejores amigos, un mes de prueba y de agonía, que nos hizo temer la muerte, en flor, de nuestros «Cauces». Pero—a los treinta días exactos del natalicio—Dios deshojó en la tierra su premio de altura y su bendición de paz, en nuestra viva promesa de permanecer siempre—en el tono literario—en estado perfecto de gracia. Y España—realidad vivísima de Franco—saltó, airosamente, con la gallardía antigua de sus gestas imperiales, a la otra orilla de su mundo, que era exactamente ella misma, eternizada en lo humano de su purificación, otra vez casta y sencilla, otra vez altiva y genial, otra vez vuelta al Imperio: dió el salto y nosotros, que en aquel momento teníamos a punto de salir nuestra ofrenda a Garcilaso—«muerto en Cruz por todos los poetas a los 33 años», como nos dijo Pemán—enlazamos lo mejor de nuestras posibilidades de entonces para ofrecer seguidamente un haz de palabras encendidas a los héroes y a los mártires de la Hora. Ese número de España fué nuestro nudo, nuestro nervio, nuestro afán: ser muy de Dios, a fuerza de poner en nuestras vidas la penitencia del rezo, y muy de Franco, realizador supremo de esta maravillosa empresa de salvación y de gloria.

\* \* \*

Hoy, ya en el segundo año de «Cauces», damos con estas palabras nuestras mejores gracias a cuantos escritores, periódicos, compañeros, autoridades y amigos, han acogido la llegada de nuestra revista a sus manos, ofreciéndoles, con nuestro júbilo mayor, el número especial que muy pronto dedicaremos a la figura de nuestro Caudillo Franco.

Nos alienta, en el duro camino de nuestra Poesía, una fe inquebrantable en los designios de Dios. Y tenemos la seguridad de que nunca dejará de derramar sobre nuestras frentes, para el buen servicio de Su causa y de España, su eterna lluvia de claras bendiciones.

Francisco MONTERO GALVACHE  
José M.<sup>o</sup> HERNÁNDEZ - RUBIO  
Pedro MONTERO GALVACHE

## CUANDO VENGÁIS POR MÍ

Cuando vengáis ya no estaré en la espera  
agónica y rosada de la tarde  
donde muere el crepúsculo en matices  
de luz tornasolada por los sauces.  
Pero mi sombra, sí;  
entrevista de luces desiguales  
os guardará mi bienvenida triste;  
os hará relación de mis afanes,  
y fantasma de nubes y de luces  
os pondrá en geometrías de horizontes  
catorce brillos malvas y corales...

SEBASTIÁN SOUVIRÓN

## MEDIODÍA EN EL SOL

El sol,  
envía sus rayos rectilíneos  
sobre los hombres, sobre las cosas.  
Uno, nada refleja,  
sólo un poco de sombra.  
El alma se recluye  
con su pensar a solas.  
Las flores son ingratas  
quemán sus hojas,  
y el tedio llega,  
con una caravana  
de frases pesarosas.  
La vida es un estigma:  
sólo un poco de sombra,  
que el sol de la tristeza nos descubre  
con rayos negros de filos apagados  
y de amarguras hondas.

JUAN M. ONETO

## GAVIOTA DE SOLO UN ALA

¡Qué blanca, la vela blanca!  
Cuchillada en que la luna  
hiere su propio reflejo.  
Pirulí de sal marina  
que van chupando los vientos.  
Los vientos que la acarician  
con un secreto deseo,  
y los vira, los dá un largo,  
los ciñe... por darle celos.

En el pico, gallardete  
de diseño verbenero.  
(Las mocitas gaditanas  
llevan flores en el pelo).

En astas del viento-toro,  
¡ay vela!, tú eres torero  
que vas dejando alamares  
de relingas, en los cuernos.  
Hinchas tu pulmón de lona,  
sueñas con ser aparejo  
de brick-barca, y eres sólo,  
sobre la mar,... un acento.

¡Pobre, humilde vela blanca,  
para quien no hay más crucero  
que las escasas tres millas  
desde la farola al Puerto!

LUIS DIAZ DEL CORRAL

## LOS DOS SOLOS

Por un sendero de adelfas  
los dos solos:  
tú y yo.

¡bamos por amapolas  
los dos solos:  
tú y yo

Pasó un niño pastor  
y te dijo:  
—adiós, Marta...  
Y tú le dijiste,  
—adiós...

Corrimos entre ovejas blancas  
los dos solos:  
tú y yo.

En el marco de un chozo,  
la silueta de una niña  
te dijo—¿recuerdas?—  
—Marta, adiós...

¡bamos los dos solos,  
tú y yo,  
por un brazal de amapolas  
al terrajo del pastor.

Los dos solos:  
tú y yo.

JUAN JOSÉ FERNÁNDEZ

# Romance del amor triunfal

ASI...! Qué lejos el alba  
se entona para tu risa!

Pulidas de bronce duro  
las palabras se iluminan  
entre recodos de sueño  
y altas estrellas furtivas.

Así...! Tú sabes, amor,  
del vuelo de las caricias  
que surgen y que se apagan  
entre la noche y el día.

A flor de labio, ¡jilgueros  
se ufanan y regocijan  
entre neblinas de seda,  
más que sutiles, fingidas  
para no ser...! Qué milagro  
de antorchas nos ilumina!

Así... Tu luz en mi luz.  
Faceta de veinte prismas,  
donde se adornan suspiros  
y anhelos a la deriva  
entre huracanes, alzados  
por serenas maravillas.

Chasquidos a medio tono  
y palabras con sordina.  
¡Si tú supieras...! ¡Hay frases  
que empiezan y no terminan!

Bruma de besos huídos  
de labio a labio se afirma,  
y como sombras tirantes  
las enaguas se deslizan  
camino... ¡Qué buen camino  
para encender rosas íntimas!

Atardeceres remotos  
te corren por las pupilas  
en ritornelo incesante  
de contrastes, y se afirman  
más hondas las mariposas  
de ayer, tan blancas, tan mías  
y tan suyas, que pensamos,  
en vuelo y en flor, unir las  
con unción de carne en celo  
en la tarde rediviva...

¡Ay! Los pinares de ayer  
en el hoy se dulcifican  
con emoción de retorno.  
Sombra y luz nos acarician  
y el mismo toldo de nubes  
se encrespa, nos cubre, vibra  
entre la luz que se hunde  
y la noche que se inicia...

La misma luna redonda  
de los romances, nos mira...  
¡Ella! ¡Tú! ¡Cuántos secretos  
se engarzan en duple fila,  
para ceñirse a los besos  
y las palabras, unidas  
por juncos en crispación,  
que nos azotan y atizan:  
lumbre que llena la noche  
de cascabeles y chispas!

¡Quisiera saber si tú...!  
¡Pero, no; no me lo digas!...  
Los besos suenan mejor  
sin palabras. ¡Alegría  
de esta fuente que no tiene  
final! ¡Aleluya! ¡¡Vida!!  
¡Los besos suenan mejor  
en un túnel de caricias...!

N. SANZ Y RUIZ DE LA PEÑA

# Cantos de amor

...Mais l'amour infini me montera dans l'ame.  
Rimbaud.

## I

¿Me sientes?—El crepúsculo  
Aproxima a los cuerpos.  
Y su atmósfera triste  
Respiramos los dos.  
Tus abiertas pupilas  
Conservan su rosado  
Resplandor que vacila  
En mis tranquilos ojos.  
Y tus agudas manos,  
Dejan de mi ancha mano  
En la caliente palma,  
Su frialdad pequeña.  
¿Me sientes?—El crepúsculo  
Se adueña de las almas.

## II

¿No serás tú, lucero  
Candente y misterioso,  
Que bellamente brillas  
Allá en su oscura calle,  
Su enamorado rostro  
Que se asoma por ver  
Mi rostro en la ventana?

## III

No te merezco.  
Yo,  
Busqué, flor de perfume  
Oculto, en esta calle;  
Y Dios, ángel extraño,  
Te colocó ante mí:  
En el quicio las alas,  
Y en el umbral los pies.  
Para que con fervor  
Acudiera en la noche  
A adorar en tu rostro  
La bondad y el misterio.

## IV

Erguida y adorable.  
Despierta la ternura  
En los ojos; y altiva  
La armónica cabeza.  
Te alzas ante el portón  
Cerrado de la casa.  
Y si oyes el hablar  
O el pisar esperado,  
Te mueves,—y la luz  
Agiganta en los vidrios  
Tu sombra—¡Oh compañera  
Vehemente y nocturna!

JUAN RUIZ PEÑA

## *España es un bosque...*

España es un bosque,  
sonoro de siglos...

Toda ha florecido  
en fértiles ramas,  
en tallos erguidos.

Bosque es la ciudad,  
el pueblo, la aldea.

Un esbelto bosque  
que airoso cimbrea,

bajo el limpio cielo,  
que rige su canto,  
sus brazos, movidos  
por un viento alto

que del cielo baja,  
y que en su vaivén  
va sembrando nuevos  
brotes por doquier.

Toda España es bosque...  
Bosques son sus calles,  
bosques sus caminos,  
las olas, los aires;

bosques son las almas  
y los corazones...

Toda España asciende  
como un recio bosque,

febril, hervoroso,  
en un solo aliento  
y una sola fe;  
en un solo gesto

de ansias verticales  
—penacho armonioso  
de ideales alturas—,  
rompiendo el reposo

de su seca entraña;  
cara siempre al sol,  
como si quisiera  
robar su claror,

convertirlo en savia,  
fundirlo en sus tallos,  
templar en su fuego  
su voz y su canto.

Toda España es bosque...  
De la tierra al mar,  
vibra su murmullo  
como una pleamar,

que sube, que crece,  
que se desparrama  
por todos sus ámbitos.  
Un bosque es España

de cálidos brazos,  
que firmes se elevan  
al cielo, cantando  
su ardor y su fuerza.

Que escalando alturas,  
vuelan hacia el sol,  
como si quisieran  
parar su carrera  
y hacerle español...

P. PÉREZ-CLOTET

## “Castilla y la Guerra”

(Fragmentos)

Castilla hoy está sola sin brazos juveniles  
ni pulsos que dibujen su parda paramera;  
lejos, en las trincheras, están sembrando abriles  
los mozos de Castilla con puños de quimera.

Castilla vá de paso, Castilla no es posada,  
Castilla es un inmenso deseo de llegar;  
por eso tiene siempre perdida la mirada  
más allá de la vida, sobre el aire y el mar.

Castilla de las tierras polvorientas del Duero.  
Ruta del Cid. Cardeña. ¡Olmos de Arlanzón!  
Sandalias de Teresa. Campos del romancero.  
¡Castilla ensangrentada del Alto del León!

Castilla, la señora de los grandes destinos;  
molino maquilero del trigo espiritual.  
Una hilera de chopos que borda los caminos  
y un estremecimiento de brisa matinal.

FRANCISCO JAVIER MARTÍN ABRIL

Valladolid.

*Con la inspiración de Dios*

*por caminos de victorias,*

*El Caudillo nos conduce al Imperio.*

*Saludo a Franco: ¡Arriba España!*

Ayuntamiento de Madrid

# Canto de bienvenida a la Bandera Española

Pasó al fin la dura Cuaresma de la Patria. Hoy se ha rasgado el velo morado que habían echado sobre su semblante auténtico. Hoy es la Pascua florida de la resurrección de España.

Porque hoy has llegado tú, vieja bandera nuestra. Has llegado con exactitud de enfermera a la hora del dolor y del consuelo; con puntualidad de novia, a la hora en que nuestra impaciencia no admitía ya más espera. Has llegado cuando tenías que llegar, ni antes ni después. Ni antes, que hubiera sido sacrilegio traerte a presidir la ignominia de España; ni después que hubiera sido crueldad no traerte a presenciar la gloria de su resurrección.

Tan exactamente has llegado, que ni nos has sobrecogido. Te presentíamos, te esperábamos, te sabíamos cercana. Trepaste esta mañana por las astas viudas que te aguardaban, con la sencillez del sol por el horizonte, a su hora exacta cada día. Tenía que ser así. Era una ley histórica; como la otra, una ley física. Tu llegada estaba legislada por Dios, como lo está la de la aurora.

Además, no llegaste de improviso... Se te sintió venir, como se siente venir la primavera.

Te precedió un estallar de viejas virtudes españolas que parecían dormidas. Sobre la nieve de aquel invierno frío, laico y antinacional que padecíamos, volvieron a cantar de pronto todos los pájaros de antaño. Toda la España verdad se puso en pié con una recia voluntad de salvación. Toda ella se estremeció de ondas que contaban heroicidades y enterezas del mejor aire antiguo.

Allí, tres soldados que se defendían solos y hambrientos en una torreta; allá un guardia civil que, repitiendo la hazaña de Guzmán el Bueno, prefería que le matasen a su hijo antes que entregarse; aquí, un general que reía por un micrófono mientras su corazón lloraba. Por todas partes, jirones de epopeya. Temblaban los hilos del teléfono como cuerdas de arpa. Los telegramas volvían a tener garbo de romance y los partes oficiales, gallardía de crónicas. Los aires sabían a Historia; la tierra olía a España. Se presagiaba algo inminente... ¡y era que venías tú, bandera mía!, y se te sentía venir como se siente venir la primavera.

Y ya estás aquí. Hoy es día de pocas palabras. Día de luna de miel, de encuentro tras la ausencia larga: día de besos, de miradas, de silencios. Pocas palabras. Nada más que éstas: ¡Bienvenida seas! ¡Ya tienen una enseña digna nuestros héroes, ya tienen una mortaja digna nuestros mártires!

JOSÉ MARÍA PEMÁN

## Redescubrimiento y peligro de Sören Kierkegaard

Todos los síntomas acusan una nueva aparición del danés. De nuevo el azar literario apunta su flecha a zonas tenebrosas-freudianas. De nuevo viene a ponerse de moda su *Le concépte de l'angoisse* y, sobre todo, su *Journal du Seducteur*, y con él un complejo verdaderamente desconcertante para el concierto momentáneo del alma meridional— hoy —felizmente sondeable.

A mí me parece Kierkegaard una especie de arquitecto Solness negativo. ¿Os acordáis de aquella escena en la obra ibseniana, que se desarrolla entre Hilda y el arquitecto Solness? Este acometerá la edificación de una torre alta, altísima, que tenga su capota de nubes y que sea también lo primero que acaricie el sol en su salida. Y como en muchas de las obras dramáticas de Ibsen, ese angustioso intento de independencia impulsa a ambos hacia el deseo de verse triunfadores—sobre la arcilla—en diálogo de brumas y de vientos.

Solness mira hacia lo alto y Kierkegaard se siente aprisionado e impotente para hacerlo. Hay, sí, un momento en que lo hace; pero es—como apunta certeramente mi querido amigo Teófilo Ortega, en uno de sus últimos libros—para ponerse frente a Dios en lo alto de un montículo y blasfemar cara al cielo.

Una sola vez. Después de todo serán elucubraciones penosas, insinuaciones resentidas, pasiones en las cuales no tiene puesto el corazón y sí el cerebro.

Se dice solamente Sören Kierkegaard y el aficionado y amigo de los libros, que conoce nombres y tendencias, se lo dice todo, aun cuando no digamos más que estas palabras. En realidad no hacen falta más. Pasa como con aquel desgraciado lunático de Montevideo que se hizo llamar Conde de Lantreamont, cuando no vivía más que en un piso oscuro y malsano de la rue Vivienne. Estos nombres sencillamente, por sí solos, proyectan una luz fría, decadente, satánica, y, a veces, difícilmente comprensibles. Aún el caso de Lantreamont—su obra—es más difícil de explicar basándose en la debilidad orgánica de Isidoro Ducasse; pero ¿ocurre otro tanto con Sören Kierkegaard? Y sin embargo, el punto de partida de ambos fué casi el mismo. Kierkegaard, según propia confesión de su diario íntimo, sufría una enfermedad lenta y dolorosa. Siempre estas enfermedades que no se resuelven en crisis violentas, suelen ser el punto de partida hacia metas no precisamente vulgares.

Kierkegaard.

Viene a ser lo mismo que cuando el niño de abajo corre hacia su madre y sus gritos inocentes, de júbilo, pinchan la tarde, como en un acerico: ¡una araña, madre! Esas arañas feas y peludas que todos hemos visto de chicos, una vez por lo menos, deslizarse por detrás de unos viejos trastos abandonados.

Esa repulsión al sólo contacto del nombre en el aire, fué la que nos siguió después cuando estudiábamos Historia Natural. El orden arácnido tenía para nosotros todavía el mismo equivalente de repulsión: «El cuerpo dividido en dos porciones...»; «Céfalo-tórax y abdomen». «Luego los quelíceros...» Ni aún la gama científica podía hacer el milagro.

Leamos a Kierkegaard. Pero leámoslo prudentemente. Una primera lectura de Kierkegaard puede ser como una trampa de ramas, en apariencia salida; en realidad, tres o cuatro fibras entrelazadas, bajo las cuales nada puede detener nuestro paso en confianza de suelo y esperanza de base. Aquella acerada frase de Heine: «¡Señora, yo tengo dolor de muelas en el corazón!», resulta imprescindible cuando se trata del *Diario de un Seductor*.

No habrá un libro como éste en toda la literatura europea moderna, que dé la misma impresión de desconcierto. Duele algo espiritualmente; algo en nuestro «yo» sufre en la elección de un camino. No sabemos ciertamente que es: «¡Señora, yo tengo dolor de muelas en el corazón!»

En el *Diario de un Seductor*, hay una dulce figura femenina, pálida y desvaída como un lienzo de los primitivos. Magnífico contraste que podría dar motivo a una fábula cualquiera; por ejemplo: «Cordelia y la araña». Claro está, que una araña sabia, sensual, matemática del amor que desarrolla como un teorema la mentira amorosa, la burla, la seducción científica y, finalmente, el abandono para la realización total de un feo y frío placer.

En muchos países, Gören Kierkegaard ha sido deficientemente interpretado. Y es justo añadir que esto ha sido debido a la cuarentena que han hecho guardar celosamente lo más típico del autor de *Le concépte de l'angoisse*.

Así, por ejemplo, un reciente artículo en *Le Nouvelle Revue Francaise*, debido a León Chestor, nos dice algo en torno a esta tácita cuarentena, en torno a Kierkegaard. *La France le meme que la Rusia, est passé a coté de Kierkegaard*, dice Chestor. Sólo después, al siglo justo de aparecer sus principales obras, unos cuantos intelectuales se han tomado la tarea de mostrárselo *an lectour francais, lentement y prudentement*.

He aquí la cuestión: Lentamente, prudentemente. Pero, ¿es legítimo hacer otra cosa con el *Diario de un Seductor*? En Francia Kierkegaard tendrá una buena acogida. Todo el decadentismo oficial, y todo el «Snob» acreditado en París, hará lo posible, y aún lo imposible, por incrementar su culto. Pasará poco más o menos, lo que con cierto asqueroso libelo: *Le Mariage*, de Blum. Nunca, como ahora, juega Francia al suicidio, apoyándose en la sien una pistola cargada. Los boulevares ríen, los franceses ríen, sus intelectuales ríen... Y un día, los poderes ocultos dictan su orden: aparece en los escaparates *Le Mariage*; luego *Journal du Seductor*. Y las inefables familias burguesas ríen también cuando debieran llorar como niños.

JUAN MIRANDA

## escuelas "José Antonio"...

...hoy se ha colocado en el campo de Jerez, la primera  
piedra de las escuelas "José Antonio"...

¡En nubes estaba ardiendo la tarde, José Antonio...!

Una hilandera azul, las iba tejiendo, para techo magnífico de tu triunfo en la paz de los campos.

Y diez banderas de fuego, ondeaban al viento...

Te traían los ángeles, con sus alas de caramelo naranja, para que vieras hecho realidad, lo que solo en los ojos de la fé habías tenido presente.

Escuelas con tu nombre y en tu nombre.

¡Y en el campo...! ¡Tu amado verde y oro,—traje de luces—, de esperanzas y riquezas lleno!

Allí estaban los niños, con sus hermosos ojos azules y abiertos en cielos de medio día, viendo la pirámide en yedras adornada que te sostenía a tí...

Porque tú eres la primera y único piedra y sobre ella se reedificará España.

De tí dijo.—allí en el campo, un hombre sabio de la ciudad—, que cuando los niños preguntaran por tu persona, les dirían que eras, como ese monte alto,—el San Cristóbal—, que se ve desde el valle, igual que un coloso destacado y enhiesto.

¡Qué dicha la tuya,—dicha de novias y de santos—, al sentirte nombrar todos los días por los niños rubios del campo, cuando por el amanecer de oros y risas vayan a tu escuela!

(Sentirse acariciar el nombre.—que es uno mismo—, por los ojos de ellos, que todos los días se despiertan entre pájaros, trigales y árboles).

El valle estará lleno de gritos de niños todas las mañanas...

Y tú entre ellos, como un dios.

¡Cómo te envidio, José Antonio... esa felicidad!

¡Para que más...!

Tú, maestro de la Verdad difícil... en el campo, a la sombra de los niños en flor...

¡Para que más, José Antonio, para que más.....!

José M.<sup>a</sup> HERNÁNDEZ-RUBIO

Barca de la Florida, a 22 de Septiembre de 1937.

## LA MISA EN LOS OLIVOS

Olia la tierra húmeda a olor de rosa. Un santo y divino olor a incienso de navidades, tenía la tierra, mojada en aquel día gris de la misa en los olivos. En las piedras que pisaron los rojos, se alzó la plegaria florida del altar: simple y austera, con solemnidad de cántico a Dios.

Llegaron de todos los pueblos. No parecía un domingo cualquiera aquel domingo sin sol, lleno de frío y de rumor de árboles en el sagrado silencio de la Hostia levantada. Era un domingo especial, caído allí, en aquel rincón de la sierra para deshacerse en lágrimas entre los cirios de la misa nueva bajo el silencio de los troncos, en una dulce lejanía de canciones salvadoras. ¡Qué bien sonaba en mis oídos. Señor, la voz del Sacerdote en su ofrecimiento de Tu paz y de Tu cielo!

\*\*\*

Llegaron, sí, de todos los pueblos. Niñas y niños: con la divina emoción de sus cánticos, con el suave temblor de sus mejillas recién alumbradas en la sierra por el dolor de la noche enemiga.

¡Cuánto sufrirían antes de llegar—con sus alas de paz abiertas a la brisa del alba—, para postrarse, con los yugos congestionados de amor, ante las manos blancas del niño del altar! Estarían. Señor, temblando en sus oídos las voces del miedo, encerrados en la jaula del peligro, viendo el martirio de sus padres, tal vez, siempre acechando, Señor, siempre, sin que un aire de salvación abriera sus párpados a la luz del campo y de su gloria.

Y después, cuando llegó la hora excelsa de la libertad, ellos vistieron las camisas azules, recias, llenas de sol y de polvo, alegres y reidoras; y ellas soñaron con bordar las flechas y los yugos: rojas y encendidas, como el rubor de sus mejillas nuevas.

Llegaron, Señor, de todos los pueblos, por todos los caminos de luz y de concordia, para acercarse de puntillas a Ti, sobre las rosas de la tierra mojada del agua de lluvia.

\*\*\*

Llegaron también las mozas. Las que pronto serán madres, porque ya se dan cuenta exacta de que la alegría del amanecer brota en las entrañas del amor casto y sencillo, en la paz de Dios. Llegaron a través de las ramas, bajo el sol oculto de la sierra, que se fué apagando en aquella hora, para cerrar en otro campo, con doración de paz, los ojos de los que morían en aquel momento de unción religiosa, celebrando con la muerte las bodas que no pudieron celebrar con sus novias elegidas. En nombre de las que lloraban, vinieron a la misa nueva las que aún podían reír. Vinieron, Señor, las mozas, con su olor de nardo en los pechos y en los labios el temblor de los claveles de la lucha. Vinieron, Señor, para que Tú bendigas el alumbramiento de los hijos futuros.

\*\*\*

Bajo el cielo gris, frente al negro desafío de la sierra encrespada y abrupta, cerrada, como un mal pensamiento. Habló el sacerdote por Ti, Señor, y nos dijo una misa tan sencilla y olorosa, que parecía cosa de ángeles y no de hombres. Quizás la transfiguración del momento, obró el milagro. ¿Qué sería aquel divino temblor de mis ojos, que no ví las manos del ministro, Señor? ¿Qué sería aquella gloriosa emoción de cántico y de altura, que bajo el blando rumor de las arpas invisibles, todo era incienso y alma?

Fué una misa de Pascua Florida, en plena sierra: misa de olivos, de purificación de los viejos pecados, en cuya gracia celestial todos pidieron el cumplimiento de tu voluntad sacratísima, Señor. Un santo revuelo de campanas volteó mi vida en el aire, y sentí el vértigo de un caminar a la muerte, para fundirme en Ti, Señor, para fundirme en Ti. Campanas de buenavista para los ojos de los soldados, en la misa de campaña, bajo los verdes olivos. Con revuelo de canciones encendidas, llenas de Tu aliento, con sus mejores trajes,—trajes de domingo— a la fiesta de Tu llegada al campo, vinieron las mozas de los pueblos de la sierra, Señor.

\*\*\*

No fué un domingo cualquiera aquel domingo de la misa en los olivos. Fué un domingo especial, caído de Tus manos, y la tierra toda se había cubierto de flores para sentir la emoción de Tu llegada, como en la espera de un viático, de una comunión de paz, para el viaje eterno de nuestras vidas salvadas. Fué un domingo de resurrección general, Señor, y la tierra olía a lluvia y a rosas.

Francisco MONTERO GALVACHE

# UN GRAN POETA

## Adriano del Valle y su "Primavera Portátil"

Al lado de las exigencias prácticas de la vida, se desarrollan ideas, sentimientos y emociones. Este paralelismo es de un supremo interés social, porque si despreciáramos lo espiritual para pensar sólo en números, negocios y utilidades, correríamos el peligro de dar un bajón en la escala de la vida, en la que ocupamos el primer lugar, precisamente porque somos capaces de emocionarnos con la religión, con la ciencia y con el arte. La religión, la ciencia y el arte, son las razones invencibles por las que la zoología rinde vasallaje a la antropología. En una palabra, que las ideas son las reinas y señoras del mundo; son el centro de gravedad de todo lo que ha sido, de todo lo que es, y también de todo lo que será.

Vayan, pues, estas líneas, en exaltación de un idealista, de un excelso poeta, cuya vida muestra una rara duplicidad. Tiene este hombre, en el hemisferio superior, ideas, muchas bellas y emocionadas ideas, exigencias de su alma; y, en la otra mitad de la esfera, negocios y máquinas, porque así se lo exigiera la indeclinable necesidad de vivir. Es un poeta, que por la natural contradicción de aquellos dos términos, cuando puede escapar de las operaciones mercantiles, vuela ansioso por la gloria de la poesía con el placer intelectual de perderse en la luz; como las águilas, que por la noche están obligadas al agujero de la peña, pero cuando viene el día se deben a las cumbres de las montañas, más que en un vuelo, en un baño extático de inmensidad y de altura. Me refiero al poeta Adriano del Valle.

Hace ya mucho tiempo, le dije un día: «Hay en tí un poeta como pocos, porque tienes colgado tu nido de belleza, en el alero de la más íntima sensibilidad. Poeta interior, siempre subjetivo, siempre creador de delicadezas del misterio. Eres la mosca blanca, y si no te gusta lo de la mosca, te diré brillante negro, porque únicamente es mi propósito, dar una idea de la singularidad de tu personalidad literaria.»

El artista subjetivo, que se nutre de la miel de su propio corazón, anda siempre tropezando en las piedras de la grosería exterior. Ni en el gesto, ni en el gráfico, ni en la palabra, ni en todos los medios de expresión juntos, existe la capacidad necesaria para decir las especies de ese mundo interior de cosas inefables, que le andan al poeta en el alma. Son misterios de somnolencias espirituales, adivinaciones, simpatías, amores, éxtasis, clarividencias y lágrimas, que no tienen nombre. El poeta acude al diccionario del idioma y en vano busca el

verbo nuevo; no existe. Pero la dulce emoción, con sus dedos creadores, le acaricia todas las cuerdas del arpa de la sensibilidad, y entonces, el artista, operario del mundo de lo desconocido, aplastado entre la pobreza de la dicción a expresar, se lanza a la nebulosa del idioma, en ella se incendia de luz y de amores, y cuando surge de nuevo al mundo exterior, trae en la palma de la mano el lucero de una palabra, de una dicción, con tales matices y sugerencias que todo un sector espiritual inédito sale a la vida y va de corazón a corazón, de cerebro a cerebro, pregonando la aurora de lo nuevo con una sonrisa genial y una alegría sobrehumana.

Yo no sé dónde dije una vez, que el diccionario de las cosas materiales está hecho. Pero la mayor parte de los estados espirituales, ni tienen su palabra, ni se puede decir con fidelidad. Están en el espíritu esperando que un día se haga el milagro de ponerle a lo indecible (a las) de dicción. La humanidad está en los comienzos del admirable y suprasensible diccionario de lo interior. Los poetas con la palabra, los músicos con la magia del sonido, los artistas plásticos con sus inspiraciones, son los principales obreros de la obra inmortal; y también el pueblo que, cuando la emoción le hace cosquillas con el pensamiento, dice unas cosas que hace presumir una mayor asistencia de Dios en su alma. Debe ser así, porque Dios está más cerca de los humildes que de nadie. Los artistas y los poetas son los ingenios de esta lenta y divina creación, y yo los imagino en la proa de la nave blanca, proeles de misterio, roturando vírgenes superficies del Atlántico maravilloso. La América de cada idea, les llama desde allá dentro, y ellos van infatigables a descubrirla y la descubren.

En Adriano del Valle se da el fenómeno rarísimo, de que el poeta cordial, íntimo y subjetivo, sea al mismo tiempo exterior y elocuente. En esto coincide con Rubén Darío, que lo mismo daba una nota becqueriana que se emborrachaba de versos mirando al cielo, al mar, al corazón y a la vida. Rubén y Adriano se parecen en esto.

Como el poeta está naturalizado en Huelva y a mí todo prestigio onubense me lleva siempre a las más sinceras admiraciones, veo la marea creciente de la figura de Adriano con fraternal satisfacción, porque aparte del cariño que le tengo al poeta, es para mí motivo de alegría cualquiera señal de vida del espíritu en nuestro rincón, y ahora es más que una simple señal, es toda una demostración de alto fuste ideológico con el libro nuevo del poeta, «Primavera Portátil».

MANUEL SIUROT

# “El sentido de lo justo en Lope de Vega”

## V

He aquí lo más interesante y bello que hay en esas escenas. Es el alma española que rezuma ansias de justicia, es el sentimiento imperioso de lo justo que se alza contra el monarca por boca de los dos Alcaldes:

D. Pedro.—Como a vasallos nos manda;  
mas como Alcaldes mayores,  
no pidas injustas causas;  
que aquello es estar sin ellas,  
y aquesto es estar con varas,  
y el Cabildo de Sevilla  
es quien es.

Rey. —Bueno está. Basta  
que todos me avegornezáis

Y abrumado por la nobleza de sentimientos de todos cuantos en este suceso se enfrentan con el Rey, acaba éste con una noble confesión:

«Sevilla,  
matadme a mí, que fui causa  
desta muerte. Yo mandé  
matalle, y aquesto basta  
para su descargo».

Soberbio arranque y generoso impulso. El nos muestra cómo el hombre malvado por muy poderoso que sea, termina vencido y humillado por quien no se aparta un momento de la recta senda del deber, de la justicia, y de la ley. Vemos pues, que Lope, ni aún para conseguir un mejor dramatismo, deja que perezca el concepto abstracto y puro de la justicia. Sin embargo, parece sostener un criterio distinto, cuando se trata de la justicia en el hogar familiar, y aún en esto, Lope obedece al sentido tradicional de la autoridad paterna. Así vemos en «El castigo sin venganza» como el Duque de Ferrara, le increpa a su hijo que pone reparos a la orden de ejecutar una sentencia dada por su padre:

«Cuando un padre a un hijo manda,  
una cosa, injusta o justa,  
¿con él se pone a palabras?».

No creo que este criterio, tan disconforme con el sustentado en la mayor parte de sus obras, pueda ser otra cosa más que una hipérbole para realzar el respeto y la obediencia que a los padres se debe.

Pasemos a examinar «Peribáñez y el Comendador de Ocaña».

En esta obra, el labrador Peribáñez, para defender el honor de su esposa, se vé precisado a matar al Comendador de Ocaña, a quien el Rey tenía gran aprecio, por cuya razón pone precio a la vida de Peribáñez, pero éste se presenta ante el Rey, que a pesar de haber hecho voto y juramento de castigarle, se sujeta a aquel principio de derecho que dice que nadie puede ser condenado ni vencido en juicio sin haber sido previamente oído. Por eso dice

«Que las partes se han de oír,  
y más cuando son tan flacas».

Después de oír el Rey a Peribáñez, le perdona la vida, o mejor dicho le absuelve totalmente, pero quiere dejar bien sentado que no se trata de un acto de clemencia sino de un acto de justicia, pues ya sabemos que Lope sostiene la tesis de que la justicia ha de sobreponerse a la piedad.

Aquí nos confirma este criterio el Rey:

«Vive Dios, que no es razón  
matarle. Yo le hago gracia  
de la vida. Mas ¿qué digo?  
Esto justicia se llama».

Pasemos, finalmente, ya para terminar a una de las obras más divulgadas y, acaso por eso, más discutida: «Fuente Ovejuna».

Se ha pretendido presentar a «Fuente Ovejuna», como una obra de sentido revolucionario, como una justificación de los movimientos subversivos, sin tener en cuenta que a pesar de la rapidez vertiginosa con que Lope producía, sus obras están bastante cuidadas, y sobre todo, reflejan con bastante exactitud las costumbres de la época en que la acción se desarrolla, y «Fuente Ovejuna» no es, ni más ni menos, que un fidelísimo retrato de la lucha que reyes y pueblo sostienen contra el poder despótico de los señores.

Por eso, el pueblo en masa se amotina y dá muerte al Comendador, a los gritos de «Vivan Fernando e Isabel y mueran los traidores».

Los movimientos subversivos, los espasmos revolucionarios de la multitud, por la misma razón de su ser, de su esencia, que es la subversión, desconocen en su período más agudo, todo principio de autoridad y poder.

¿Cómo se podría dar el caso de que los vecinos de «Fuente Ovejuna» se lanzasen a un movimiento revolucionario, respetando la autoridad real?

Pero es que, aquél motín no fué más que la reacción lógica contra

«La sobrada tiranía  
y el insufrible rigor  
del muerto Comendador  
que mil insultos hacia  
. . . . .  
Las haciendas nos robaba  
y las doncellas forzaba,  
siendo de piedad extraño...»

Pero ciertamente no es este el aspecto que nos atrae para comentar «Fuente Ovejuna»; lo más interesante de tan bellísima y vibrante producción, es sin duda el retrato fidelísimo, aunque a grandes pinceladas del modo de administrar justicia en materia penal, especialmente en lo que se refiere a los tres puntos siguientes: 1.º El procedimiento inquisitivo o pesquisa; 2.º el tormento, y 3.º el respeto a las garantías procesales.

En cuanto al procedimiento inquisitivo, vemos que con objeto de averiguar quien dió muerte al Comendador envía el Rey a un pesquisidor.

¿Se ajusta a la verdad la presencia en escena de este personaje? Desde luego.

ANGEL RODRÍGUEZ PASCUAL

Días de Jerez:

## *Día de vendimia*

Amanece.

La noche se ha diluido en la débil claridad que aparece en el horizonte, dibujando los contornos de las viñas. Suave frescor mañanero acaricia las cepas y sus racimos de uva, ya maduros y prestos a ser cortados en este día de vendimia que hoy comienza.

Ha tiempo que las últimas faenas se hicieron, pues se injertó en la savia americana la vara europea, y se hizo *la bina*, que consiste en aplastar amorosamente la tierra alrededor de la cepa, para conservar la poca humedad que aún queda, y que no se ha bebido el sol, que ya asoma inundando de oro y carmín, este amanecer casi otoñal.

En la casa de la viña, el cacareo de los gallos se une al chirrido del portón que se abre. Son las siete de la mañana, y ya salen los vendimiadores soñolientos, desperezándose. Con paso torpe van sumergiéndose en el verdor de las cepas de la viña, que a la luz del amanecer parecen pequeñas ondulaciones de un mar acogedor. Algunos de los hombres, han bebido un poco de café; y todos, esperan cortando ya los primeros racimos, que den las ocho y media, hora de comerse el «ajo caliente»; un «majado» de aceite, sal, pan y tomate, plato sabroso, que comen con deleite, en su apetito de hombres sanos.

Después del desayuno, vuelven a vendimiar de nuevo, bajo la dirección y guía del «Capataz de Corbillo», que así se llama al que vigila la corta de uva y al que organiza el acarreo de las canastas. Y entre un dicho y un cante, una risa o un suspiro, sigue la vendimia, con el desfile de los que acarrearán la uva, en una procesión de canastas, que van de la viña al almijar, llanura donde sobre «redores» de esparto se extienden los racimos al sol, una vez cortados. Allí se escucha el chapoteo acompasado de los pisadores, que en los lagares pisan la uva, ayer preparada para ello. El sol abrasa, y recorta fuerte las sombras, arrancando las primeras gotas de sudor de los vendimiadores. El zumbido y moscardoneo de las abejas que danzan sobre las uvas extendidas, es música soñolienta que acompaña al desfile de los arrieros, ante el capataz de almijar, encargado de recibir la uva...

Ya son las once y media. Un alto en la faena, un cigarro, y luego más sol, más sed, más racimos cortados y extendidos, más uva pisada y estrujada... Y un olor a mosto invadiéndolo todo. Dentro, en la casa, la capataza va y viene, condimentando la comida, seguida de los hijos, que quieren calmar el apetito y

el calor. Se mezcla el olor del condumio al del mosto... Y suenan las dos de la tarde.

Paran los pisadores. Llegan a la casa los vendimiadores y arrieros. Todos secan su sudor, y todos se sientan a calmar su hambre y su sed. Y es agradable el olor del garbanzo y de la patata, cocidos con la calabaza y con tocino. Esto es lo que comen los vendimiadores y arrieros, porque los pisadores y maquinistas que atienden a las prensas comen más, por ser más rudo su trabajo. Añaden al condumio, morcilla, chorizo, o, si pasa «un vendedor de puerco», compran su «menú»...

Tras una hora de comida, otra de siesta. Sueño que repara fuerzas y vence la hora quieta del sol abrasador. Arrulla el descanso, el zumbido monótono de las abejas, que siguen incansables su moscardoneo mareador sobre la uva que se seca al sol.

Las cuatro de la tarde. Vuelta a la labor, ya pesadamente soportada por estos hombres nervudos y secos, de rostros y brazos que se confunden con el retorcido de las cepas...; y a las seis y cuarto, ¡alto por hoy el trabajo! Terminó «la peoná». Lentamente se reúnen de nuevo. Y más lentamente todavía, comen sopa fría, o el gazpacho clásico y refrigerador, al que sigue un buen racimo de uva, «pecoso y sombrío»..., o lo que lleve cada uno; «pescaíto» frito, por lo regular.

Algunos, en prodigioso alarde de resistencia, van a Jerez a dormir; y, a pie, salvan la distancia de cuatro o seis kilómetros. Otros, los más, se tumban al fresco grato del anochecido, cuando en el cielo comienza el fulgor de lagrimitas de sol, que son las estrellas. Bajo el portalón de la casa, brillan los puntos de luz de los cigarros. Dentro, la capataza trajina, friega y acuesta a los chiquillos rendidos de lloros y sueño.

Muy lejos, un fandanguillo perfuma la noche de amor. Siguen los hombres su charla relatando «sucedió». Hablan de la faena..., y comentan; «temían este año que la última calor quemara la uva, porque estaba ya «metía en maurez»... Unos ladridos... Una voz «laina» que se oye lejos..., y una calma armonizada de silencio y de estrellas, de noche y de quietud, en que todo rendido de sueño y sudor, e impregnado de acre olor de humanidad, y de mosto, está embriagado ya de antemano, con la deliciosa embriaguez del vino jerezano, que hace bella la vida, conforta y sostiene a estos hombres que roncan rendidos en esta noche de vendimia en una viña de Jerez.

Luis PÉREZ SOLERO

Septiembre 1937.

# El Otoño del poeta

Novela corta por PEDRO MONTERO GALVACHE

(Continuación)

—¡Oh, mon Dieu! El campo te ha vuelto un poco burgués. ¡Si apenas te conozco! ¿A esto van a quedar reducidas tus ínsulas de «esprit fort»? Yo te juzgaba muy por encima de todos esos prejuicios. Ese amor resignado no se inventó para nosotros, Javier. Hazme caso, no te dejes dominar por las zalamerías de la niña campesina. Sublévate, que aun estás a tiempo. Mira que si te abandonas a esos delirios de un sentimentalismo absurdo, vas a ser un infeliz. Lo más bello del amor, es precisamente, la inconsistencia, la novedad; aborrecer hoy lo que ayer amamos más que a nosotros mismos; gozar con la intensidad y el ansia de quien conoce la brevedad del placer; apurar de un sorbo la copa del pecado, pensamos en el pecado que ha de seguir.

Aquellas teorías escandalizaban a Javier, y olvidaba que Angelita las había aprendido de él, cuando era uno de sus mayores encantos pervertir la inexperiencia de la artista, iniciándola en los secretos de aquellas decadencias que tanto amó siempre.

—¿No opinas como yo? ¿Verdad que no pensarás más en ella? El amor, para nosotros, no es ese afecto reposado, constante, un poquito cursilón, que hace las delicias de las muchachitas burguesas y los burócratas metódicos y ramplones, sino una simple ráfaga de locura, una fiebre de juventud, que nos sacude, nos zarandea, nos convierte en muñecos, en esclavos de sus caprichos, pero siempre, sacudimiento fugaz, exaltación pasajera, ilusoria...

Benalgar suspiró con tristeza:

—Ese lenguaje es maravilloso, cuando la salud, la fuerza y la fortuna, ríen en torno nuestro. Pero cuando uno se siente solo, abandonado, ¡qué distinto se ve todo! A ratos, hasta se indigna uno, al decirse que la vida no es un don entregado por Dios al hombre para que éste lo derroche sin tasa, sin escrúpulo ni medida.

Asombrada, Angelita le oía en silencio, y aquel infinito desaliento que se desprendía de las palabras del poeta, llenaban su alma de una agri dulce melancolía. ¡Oh, la tristeza abrumadora de recordar los pasados triunfos, las locuras y los devaneos galantes, en las horas grises, en el crepúsculo nostálgico de una vida que acaba...!

—Desengáñate, nena. Hemos vivido como dos locos. Es trágico tener que confesarlo, porque ya es demasiado tarde para volver atrás. Somos prisioneros de nuestras culpas, de nuestro feroz y formidable egoísmo.

—Calla, Javier—suplicó ella, temblando.—Todavía puedes ser feliz. Nunca es tarde para rehacer una vida, si hay voluntad decidida. ¡Quién sabe! Busca la paz de tu alma en esa Mari Sol sencilla y adorable. Huye del mundo y sigue en tu Palacio de Lis hasta que Dios quiera. Eres joven, y Mari Sol te agradecerá que la eleves hasta tí.

Acuciado por una sed ardiente de confianzas, Benalgar lo confesó todo. El desprecio que por él sentía la hermosa aldeana; aquellas frases crueles, sorprendidas junto al río, la tarde memorable de la romería; la honda, la horrible desesperación de saber que nunca su amor sería comprendido...

Calló Javier, y Angelita no se atrevió a romper el mutismo penoso que les envolvió. Una nube muy blanca, con los bordes teñidos de un morado intenso ocultó el sol, y todo el parque quedó bañado en una triste obscuridad silenciosa y fría. Asustados, los pájaros enmudecieron. Lejos, en la pobre iglesia campesina, sonó el Angelus, y la tierra entera se recogió en un reposo fúnebre y agosto.

—¡Qué humedad!— Se quejó la artista, arropándose en los pliegues de su chal de Esmirna.  
—¿Damos una vuelta?

Cogidos del brazo, pasearon despacio, a través de los senderos. La brisa de otoño delante de ellos, arremolinaba sobre la arena de los estrechos caminos, las hojas secas de las rosas, y las arrastraba, con un arcano y largo susurro.

## XVIII

Acabó de recogerse el pelo, peinándolo hacia atrás, sobre las orejas y las sienes desnudas, y luego de sujetarlo con un peinecillo de oro, quedóse contemplando su silueta en el espejo de triple luna y marco de concha.

El espejo le devolvía una figura de mujer alta, de cutis muy fino, de ojos grandes y oscuros en el fondo de unas ojeras anchas, de un violeta suave.

Angelita sonreía, satisfecha de sí misma. Realmente, se encontraba muy guapa. ¡Cuántas artistas conocía ella, que hubiesen dado años de vida, a cambio de aquella piel traslúcida, de aquellas pupilas serenas, siempre juveniles y magníficas; de aquel cuerpo, alto, delgado, fuerte, en el que las fatigas del arte y el placer, no dejaban huellas. ¡Cuántas, mucho más jóvenes que ella, envidiaban aquella madurez soberbia, aquella plasticidad de diosa!

Ya una vez, cierto escritor famoso, dijo, con acertado grafismo, comentando su belleza:

—Esa Angelita, pertenece a la clase privilegiada de diablos con faldas, que no envejecen nunca. Se había vestido una bata blanca, de raso mate, enguatada de franela, con vueltas negras y cola redonda, ceñida de una piel estrecha de tigre, también negra, y en el cuello y las manos lucía los diamantes de un aderezo riquísimo.

Aun en sus horas de soledad, le gustaba vestir con aquel lujo, quizás un poco exagerado en el ambiente del Palacio de Lis.

Angelita no era como esas mujeres que sólo se arreglan para los demás, y descuidan su atavío cuando se hallan a solas; era pulcra, elegante, suntuosa, lo mismo en sus noches triunfales, ante los mejores públicos europeos y americanos, que en estas noches monótonas del viejo caserón andaluz.

Después de su plática con Benalgar, aquella mañana, en el parque, almorzó en su gabinete, sola, porque Javier, quejándose de jaqueca se encerró en sus habitaciones.

No volvieron a verse durante la tarde, y Angelita, aburrida y cansada, se acostó y durmió una siesta tan larga, que al despertar, caían ya sobre el jardín de Lis, las sombras del crepúsculo. Un crepúsculo tristón, cargado de lluvia, de frío, de viento huracando. Y ahora, acabada la cena,—que también hizo a solas, en una mesita de su tocador—no sentía el menor asomo de sueño.

Revolvía en una arqueta de cedro, montones de cartas, atadas con lazos de seda; y besaba viejas fotografías, que levantaban en su espíritu, un aroma lejano de aventuras casi olvidadas. Pasó a la alcoba, encendió la lamparita, con pantalla rosa, que había sobre el tablero del «secretaire», apagó las luces del gabinete, y se sentó a escribir.

La luz de la tulipa rosa, alumbraba solo la carpeta de piel y dejaba el resto de la estancia en una amable penumbra.

Miró en derredor, con mirada vaga, distraída, y tuvo miedo de su aislamiento. En la pared, la sombra de su cuerpo y de un busto de lord Byron, desnudo, colocado en una columna, a un lado de la chimenea, se alargaban en una estilización absurda.

Estuvo mucho tiempo meditando, apoyados los codos en la mesa del «secretaire», y la frente entre las manos, antes de comenzar la carta.

Afuera, zumbaba el huracán con horribles aullidos, y la lluvia azotaba los cristales de los balcones.

Lejanos, confundidos con el viento y el agua, sonaban ladridos de canes, y en la galería cercana un reloj dió las dos.

Al fin, cuando vencida la indecisión, empezaba la carta, se abrió una puertecita reservada y entró una silueta arrogante, obscura.

Angelita alzó la cabeza, y vió junto a ella, al Marqués de Benalgar. Inclinándose, Javier leyó la dirección que la artista escribía en el plieguecillo marfileño, y preguntó con dulzura:

—¿Qué haces?

—Ya ves; escribía. No tenía ganas de dormir, y me distraía poniéndole unas letras a mi administrador.

—A tu administrador, ¿de veras?—exclamó Benalgar, con acento irónico.

—De veras. ¿Por qué te ríes? Yo no miento nunca...

Hubo un silencio prolongado. Ella, un poquitín nerviosa, jugaba con los diamantes del collar, bajos los ojos, pensativa; él la miraba intensamente, gozándose en su turbación.

—¿Y que pensabas decirle? Vamos, si puedo saberlo...

—¡Ah, sí! Iba a avisarle que no me espere este invierno. Conviene que lo sepa, para que no admita contratos. No quiero abandonar el Palacio de Lis, a menos que tu lo abandones.

—No, Angelita. Yo no merezco tanto sacrificio. Tu tienes un nombre glorioso, un compromiso formal con el público, con el arte, y no debes volver la espalda a todo eso sólo por mí. Vete...

Ella entonces, púsose de pie, y con una energía que a Benalgar le hizo cerrar los ojos, deslumbrado, dijo:

—¡Javier, tú eres mi gloria. Tú me importa más que el mundo, más que mi Arte, más que mi vida. Cuando no estoy cerca de tí, todo me parece triste y despreciable!

Al hablar, había ido retrocediendo, hasta rozar el cortinaje damasquino del lecho, que se destacaba, entre las sombras, inmenso, gigantesco, con sus ropas blancas y sus barras de caoba sosteniendo las cortinas, floridas de lises.

—Angelita, ¿recuerdas nuestra charla de esta mañana? ¡Si supieras mis remordimientos! Aquellos terrores religiosos, que en mi adolescencia, ahuyentaban mi paz, haciéndome soñar con el Infierno, con la justicia de Dios, con una Eternidad de suplicios, otra vez vuelven a arrancarme la tranquilidad del alma. Me asustan mis pecados y quisiera olvidarlos y no puedo. Quisiera arrepentirme, y no puedo tampoco. Dame tú el aturdimiento que necesito. Temblando, no sabía si de horror, de pasión, o de los dos sentimientos a la vez, Angelita le vió avanzar hacia ella, y sus manos, crispadas, se asieron al ropón de damasco, donde las lises, bordadas por austeras damiselas de la Edad Media, florecían con ese dorado pálido de los bordados antañones.

## XIX

A la mañana siguiente, despertó muy tarde. Por el balcón abierto, entraba el aroma de flores pasadas que traía la brisa del jardín; en el mar del cielo, brillaba el Sol, con luminarias ardorosas.

Javier oyó cantar a Angelita en su gabinete, con aquella alegría turbulenta y feliz que tenía el poder de disipar en su espíritu, todas las tristezas. Volvió a cerrar los ojos, hundido en una somnolencia divina, y recordó como un sueño, las horas vividas recientemente junto a la artista.

Durante aquella madrugada otoñal, Javier sintió agitarse dentro de su alma, como un número profético, la inspiración sagrada y bárbara de los viejos poetas que cantaron, en lenguas ya muertas, la apoteosis del dolor, de la sensualidad y de la muerte. Y a partir de aquel día, fué otra vez con Angelita, magnífico señor galante y sabio, lo mismo que un discípulo de Pedro Aretino; y en cuanto a ella, supo corresponder a la exaltación del aristócrata, con la gratitud fragante, exigente y exquisita de una Dogaresa.

Se amaron con la febril vehemencia de las pasiones otoñales, sin cuidarse del escándalo que sus locuras provocaban en los patriarcales lugareños.

Paseaban por los bosques inacabables de la Heredad de Lis, cogidos del brazo, saboreando la delicia de esas pláticas pueriles, que tanto gustan a los enamorados; y en las tardes doradas de Sol, recorrrían a caballo las eras inmensas, llenas de rastrojeras amarillentas y de pálidos jaramagos.

Paseaban despacio, olvidados del tiempo y del mundo externo, hasta que el frío del atardecer, les obligaba a despertar de aquel marasmo de amor.

Una tarde, a Javier se le ocurrió acercar su caballo al de Angelita, tanto, que sus brazos y sus piernas se unieron en un roce apretado. Delante de ellos, sus siluetas, alargadas por el sol agonizante, en franjas de una delgadez y una longitud absurdas, corrían como dos líneas infinitas.

La artista oyó la voz de Benalgar, enronquecida de emoción:

—Descansa tu cabeza en la mía, Angelita.

Obedeció, y las dos franjas absurdas, infinitas, se fundieron en una sola. Emprendieron una carrera loca, desatentada. Ella, poseída de un vértigo que le asustaba y le atraía, reía con una risa que sonaba en la amplitud de la era, desvanecida en la distancia, como una música pagana, invitatoria a los ritos antiguos del placer y la Muerte.

—Corre más, Javier. Todavía los caballos pueden resistir un poco más.

Javier sentía plegarse a su costado, el cuerpo duro, elástico y gentil de la artista; y clavaba las espuelas en el vientre de la bestia con un refinamiento morboso, dominado por aquel mismo vértigo que enloquecía a Angelita. Los rizos negros de ella volaban, entremezclándose con el pelo suave, liso y perfumado, del marqués; y el aroma de violetas, que la brisa arrancaba a aquellas dos cabezas clásicas y hermosas, les envolvía en una oleada enervadora y dulce. En torno, la era se extendía, enorme, gigantesca, esfumados en la lejanía sus contornos. Los bosques, casi negros, exhalaban un vaho húmedo y oloroso; y en las copas de los árboles y en las cumbres de las montañas, resbalaba el sol, con ese matiz apagado y rojizo de los cálices antiguos.

De pronto, al saltar un altozano, el río apareció a los ojos de los jinetes, oscuro, silencioso y lúgubre. Quisieron detener los caballos, dando un brusco tirón a las bridas, pero solo consiguieron alzarlos de mano, y detenerlos un segundo sobre el abismo. Como dos cuerpos muertos, cayeron pesadamente en las aguas frías.

En aquel instante supremo de terror, Angelita y Javier, abrazados, creyendo morir, estrecharon el abrazo con la fuerza sobrehumana y angustiada de la agonía. Paralizados por el miedo y el frío, quedaron los caballos un rato a merced de la corriente, densa, impetuosa. Luego, animados por las voces y las caricias de los jinetes, comenzaron a nadar muy despacio, hacia la orilla.

Ya fuera del río, saltaron al suelo, la artista y el aristócrata, y al verse con las ropas deshechas, chorreando, encontraron divertida la aventura:

—Después de todo, ha sido un lance cómico, ¿eh?

—¡Ay, Javier! ¡Qué susto tan grande he pasado! Nunca he visto la muerte tan cerca.

—¿Y eso te dió miedo? Yo te suponía más valiente...

—No digas herejías. La muerte siempre es una cosa seria y grave. Durante el segundo en que nos hundíamos en el agua, me sentí lejos de la vida. Cerré los ojos, me aferré a tí y esperé la Eternidad. Fué un segundo nada más, Javier, pero un segundo horrible. Pensé en Dios, en el Juicio, en el Infierno, y solo ví una obscuridad imponente. Aquella negrura me infundía pánico, y a la vez me atraía, como el vértigo que me dominó hasta entonces. Y la deseé, porque en ella adivinaba la paz, la quietud del no ser, la ausencia total de la ambición, de la duda, de la soberbia, de la lujuria... ¡Ay! Si la Eternidad fuese así, ahora sería capaz de suicidarme...

(Se continuará)

## BIBLIOGRAFÍA

**«CASTILLA Y LA GUERRA».**—Poema de Francisco Javier Martín-Abril. —Prólogo de Pemán. Valladolid, 1937.—Tipografía «Cuesta».

Hemos recibido últimamente un ejemplar de este bellissimo poema, que nos dedica amablemente su autor desde su «paramera luminosa».

La guerra gloriosa que España—levantada en vilo por la gallardía de sus hijos mejores—realiza para la salvación de sus postulados eternos de Religión y de Patria, pedía en la angustia diaria de sus luchas, en el dolor agudo de sus hombres, el poeta que alzase, sobre la tierra ensangrentada y viva de la Patria, su voz emocionada y decidida en loor de los héroes y de los muertos; y había de ser una voz amplia, llena en el propósito y sinuosa en el ritmo, honda en la meditación de su tierra recién arada: voz sagrada de la llanura de Castilla.

Y surgió: espléndida, fuerte, como el redoble de los tambores imperiales; altiva y alegre, como el flamear de las banderas al sol. La voz de Francisco Javier Martín-Abril—poeta de Castilla, claro y dulce poeta de Castilla—surgió de ese apretado deseo nuestro por oír las canciones de la guerra santa. Y en el verso alejandrino de su poema, llega a nosotros aquel profundo heroísmo de los viejos soldados de José Antonio, caídos, por la bendición de España, en la dura vertical del Alto del León.

Castilla de las tierras polvorientas del Duero.  
Ruta del Cid. Cardeña. ¡Olmo de Arlanzón!  
Sandalias de Teresa. Campos del romancero.  
¡Castilla ensangrentada del Alto del León!

«Castilla y la Guerra», metro clásico pero lleno de sazónada juventud, con profundo espíritu de intenciones bien dirigidas, esparce su exquisito tono lírico por los frentes de combate, ofreciéndose en su recia concepción patriótica, como un salmo, como un júbilo de aleluya, a los soldados que hoy forjan, a golpe de muerte, bajo el duro girar de las horas en el aire, la gloria de la Patria salvada...

Pero un día en España se levantó una hoguera  
de flechas disparadas por manos impacientes...

Nosotros desde la siembra en calma de nuestros «cauces» poéticos, acogemos alegremente, en este claro día de permiso militar, con prisa de disciplina, llevándolo para siempre en nuestras manos viajeras, el gran Poema de Francisco Javier Martín-Abril, Director de Radio Valladolid, poeta de Castilla, con la mayor alegría de hermanos en un mismo arte y en una idéntica tarea espiritual. Y le ofrecemos desde esta página la seguridad de que pronto en España, se leerá con el mismo fervor de los viejos cantares de Gesta, con el mismo sabor de las crónicas de leyenda, del bello Romancero de Castilla, que dieron origen al natalicio, en las almas, de los grandes poetas posteriores.

La obra, presentada por un jugoso y alegre prólogo de José María Pemán, se ofrece magnífica y espléndida, como una fuerte entonación de himno, como una recia altura de paisaje épico, lleno en su amplitud redonda, de un hondo y exquisito fluir de salmodia.

...Y allá en la lejanía lejana, una espadaña  
como un fraile que piensa tan sólo en la otra vida.

F. M. G.

**La Página de «Aguilas» a «Cauces», en el segundo año de vida.**—Pepe Cuevas, el redactor de la «Página Literaria» del gran diario gaditano «Aguilas», nos ha ofrecido recientemente una página completa, acerca del primer Aniversario de «Cauces». Publica, junto a nuestro Lema y a la interviú que hizo a nuestro Director, una formidable «Carta abierta» suya, llena de un recio y vigoroso fluir de poesía. Damos nuestras gracias jóvenes, nuestro fervor de poetas, al compañero Cuevas que tan acertadamente ha sabido pulsar el «Nacimiento, Futuro y Esperanza de «Cauces».

Y pedimos a Dios que muy pronto sea realidad, el espíritu que proclama en su carta inspiradísima. Nosotros así lo rezamos a diario.

«CAUCES»

Desde hace tiempo venimos recibiendo, entre otros, «El Alcázar» de Toledo, «Imperio» de Caba, «Sur» de Málaga, a cuyos directores agradecemos el intercambio.

**Talleres Tipográficos**

**M. MARTIN**

José E. Díez, 7. - Telf. 1259. - Jerez

Encargando sus trabajos a estos talleres, quedará Vd. satisfecho de la calidad y economía que encontrará en los mismos



Yo la he bebío,  
la mejón manzanilla  
y iolé!,  
la de «El Rocío».

Yo la he bebío,  
la mejón manzanilla  
y iolé!,  
la de «El Rocío».

**Viuda de R. Manjón**

**Sanlúcar de Barrameda**

**Esencias y Productos Enológicos**

**“LUQUE”**

GENERAL SÁNCHEZ MIRA, NÚM. 14.

TELÉFONO NÚM. 1736

JEREZ DE LA FRONTERA

